

coránico (el de los *hapax legomena* de radical única), ya que éste es susceptible de ser aplicado, sin reservas, a otros objetos motivo de estudio, aunque con los pertinentes cambios y adaptaciones exigibles, obviamente.

Así, pues, la labor realizada por Elmaz es de una importancia singular y de interés general para cuantos se ocupan del estudio de la lexicografía en sus diversas vertientes, aunque también para los estudios del Corán en toda su dimensión. El libro de Elmaz supone, en estos tiempos tan difíciles y subversivos para y contra las humanidades, un empujón de calidad a los estudios coránicos en su vertiente puramente lingüística, concretamente en su ámbito computacional y estadístico. Enhorabuena tanto al autor como también al Prof. Norbert Nebes, que fuera su director de Tesis, de donde procede la presente publicación.

JUAN PEDRO MONFERRER-SALA  
Universidad de Córdoba

GRANADO, Carmelo, *El Espíritu Santo en los Santos Padres* (Madrid: San Pablo, 2012), 271 pp. ISBN: 978-84-285-3995-1

Unas breves páginas, a modo de introducción (*Economía y teología*, pp. 5-11), intentan centrar la doble coordenada en que se basan los Padres de la Iglesia al tratar, por una parte, la naturaleza divina de las tres Personas de la Trinidad (*teología*) y, por otra, su múltiple actividad en la historia de la salvación (*economía*), desde la creación hasta la consumación escatológica, con su epicentro, o punto álgido, la encarnación del Verbo. Estos dos ejes dominarán la exposición y la vertebrarán tanto en los padres griegos como latinos, fuera de irrelevantes excepciones aisladas, no sólo cuando hacen del Espíritu objeto de un tratado en cuanto tal, sino también cuando lo mencionan en capítulos e incisos, más o menos extensos, o referencias y alusiones a lo largo de sus obras. El autor de este libro, consciente de ello, dividirá los capítulos agrupando en primer lugar aquellos que se refieren a la *economía* (cap. 2-7, pp. 21-126) y, en segundo lugar, los que contemplan cuestiones de *teología* (cap. 8-11, pp. 127-225). Sendos grupos han sido enmarcados por el autor entre un capítulo inicial, propedéutico, sobre los nombres del Espíritu (cap. 1, pp. 13-19), y otro final, que funde, como conclusión, *economía* y *teología*, referido al Espíritu en la Iglesia en su actividad sacramental (bautismo y carismas) y en la vida cristiana como tal (cap. 12, pp. 227-247).

El cap. inicial (pp. 13-19), aunque breve, hace referencia a los múltiples títulos, epítetos y aposiciones que ya vienen del AT y del NT aplicándose al Espíritu. El autor presenta, como ejemplo, un texto largo de Cirilo de Jerusalén (*Cateq.* XVII 2.28.33) elaborado a base de citas bíblicas. Ante la abundancia de epítetos –“se podría titular este capítulo *Los mil nombres del Espíritu*”, dice el autor (p. 13)-, y dado que no todos los lugares donde aparece la palabra *espíritu* están referidos al Espíritu, hay quienes, como Orígenes, Atanasio, Basilio y Dídimo el Ciego,

elaboraron unos principios hermenéuticos, en que no se descartaba la misma gramática del texto, es decir, si iba o no acompañado de artículo.

Siguen seis capítulos que exponen la *economía* o actividad del Espíritu en la historia de la salvación, tres referidos a textos del AT (cap. 2-4, pp. 21-72) y otros tres referidos al NT (cap. 5-7, pp. 73-126).

Los capítulos basados en textos del AT se agrupan en los tres siguientes temas: 1. El *Espíritu creador* (cap. 2, pp. 21-33), que analiza los textos de Gn 1,2 (el Espíritu sobre las aguas); Sal 8,4 (los cielos, obra de sus dedos); 32,6 (el Espíritu de su boca) y 103,30 (el Espíritu creador y renovador de la tierra). 2. La *creación del hombre* (cap. 3, pp. 35-62), cuyos textos más representativos son Gn 1,26-27; y 2,7 concentrando toda la atención en la plasmación del hombre mediante el barro y la insuflación de su aliento de vida. Y 3. *El Espíritu y los profetas* (cap. 4, pp. 62-72), un capítulo obligado desde el momento en que en el Símbolo de fe, elaborado por el Concilio de Constantinopla del 381, encontramos la afirmación antignóstica de que el Espíritu “habló por medio de los profetas”. Tal afirmación, que no representaba una novedad, sino que podría tener su base en 2 Pe 1,21 (“hombres como eran, hablaron de parte de Dios movidos por el Espíritu Santo”, cf. 1 Pe 1,10-12), “coloca al Espíritu en el mismo nivel que el Verbo, y subraya la dimensión universal de su actividad, que se extiende igualmente al Antiguo Testamento” (pp. 63 y 181).

Los capítulos basados en textos del NT se agrupan también en tres temas: 1. *Cristo formado por el Espíritu* (cap. 5, pp. 73-106), en que se ofrecen dos enfoques sobre la encarnación del Verbo, teniendo como soporte el texto de Lc 1,35: uno, el de la *autoencarnación*, que representa el punto de vista de Justino, Tertuliano e Hilario de Poitiers; y otro, el de la *encarnación* en cuanto tal, con el punto de vista de Ireneo de Lyon, Orígenes, Atanasio de Alejandría, Cirilo de Jerusalén, y otros Padres griegos y latinos del siglo IV (Jerónimo, Ambrosio, Basilio Magno, Rufino de Aquileya...). 2. El *bautismo de Cristo* (cap. 6, pp. 107-120), que repasa especialmente en la inmersión en el agua, el descenso del Espíritu y la unción con y por el Espíritu. Y 3. *Cristo resucitado, dador del Espíritu* (cap. 7, pp. 121-126), sustentado en numerosos textos del NT (cf. Mt 10,19; Jn 7,39; 14,16.26; 15,26; 16,13-14; 20,22; Hch 2,4.17; 2 Cor 1,22; Ef 1,14).

Los textos bíblicos analizados son ciertamente los más significativos que han dado pie a los Padres y a los teólogos para hablar sobre el Espíritu Santo. El autor hace una selección de textos muy a propósito para ilustrar cada tema, preocupado en todo momento por que sean ellos mismos quienes hablen al lector, por lo que en muchas ocasiones bastará con una pequeña introducción, que hace que el protagonismo esté en los mismos textos de los Padres.

Los cinco últimos capítulos están referidos a temas teológicos: *Las herejías sobre el Espíritu Santo* (cap. 8, pp. pp. 127-144), en que explica ante todo la doctrina de Orígenes, y las interpretaciones posteriores de Eusebio de Cesarea,

Arrio, los Trópicos, Macedonio de Constantinopla, Eustacio de Sebaste y Eunomio de Cízico. El texto de Jn 1,3, ya desde Orígenes, ha jugado un papel importante en las desviadas interpretaciones que se han hecho del Espíritu y que pueden resumirse en estos dos puntos: el Espíritu no es Dios, sino una criatura, dos puntos que serán tratados ampliamente en los dos capítulos siguientes: *Divinidad del Espíritu Santo* (cap. 9, pp. 145-182), uno de los capítulos necesariamente más amplios por su envergadura histórica y de contenido, y *Origen del Espíritu Santo* (cap. 10, pp. 183-200), tema que lleva a los Padres a una reflexión minuciosa y a un planteamiento igualmente detallado del texto de Jn 1,3, como hace Orígenes. El siguiente tema, sobre la *Personalidad del Espíritu Santo* (cap. 11, pp. 201-225), viene exigido como conclusión y síntesis del tratamiento teológico que el autor ha hecho sobre el Espíritu. Es a mi juicio el capítulo más denso, en que queda encuadrada la reflexión teológica patrística tanto desde el punto de vista teológico como léxico.

El último tema, *El Espíritu, la Iglesia y los cristianos* (cap. 12, pp. 227-247), lo considero un colofón necesario sobre la actividad vivificadora del Espíritu tanto en la Iglesia en general como en la vida cristiana en particular, no sólo a través de los sacramentos (ya desde el bautismo, considerado como efusión del Espíritu a semejanza del de Jesús en el Jordán), sino también a través de los carismas distribuidos en la comunidad eclesial y la inhabitación del Espíritu en el creyente. El autor ha sabido seleccionar magníficos textos de los Padres, junto a abundantes referencias catequéticas de los primeros siglos, para ilustrar este capítulo, que se abre, y lo centra, con un largo y precioso texto de Juan Crisóstomo (*De sancta Pentecoste Hom. I 3-4*).

Ante el lector van apareciendo las opiniones de múltiples Padres y relevantes escritores eclesiales, griegos, latinos y sirios, desde el siglo II (Padres Apostólicos: Ignacio de Antioquía, Clemente Romano; apologetas: Justino, Teófilo de Alejandría y Atenágoras; y teólogos: Ireneo de Lyon, Teófilo de Antioquía), hasta el siglo V: s. II-III (Clemente de Alejandría, Hipólito Romano, Orígenes, Tertuliano); s. III (Eusebio de Cesarea, Cipriano de Cartago, Gregorio Taumaturgo, Novaciano); s. IV (Ambrosio de Milán, Atanasio, Basilio Magno, Cirilo de Jerusalén, Dídimo el Ciego, Efrén de Nísibe, Eunomio, Faustino Luciferiano, Gregorio de Elvira, Gregorio de Nisa, Gregorio Nacianceno, Hilario de Poitiers, Lactancio, Mario Victorino, Paciano de Barcelona); s. IV-V (Agustín de Hipona, Cirilo de Alejandría, Diodoro de Tarso, Epifanio de Salamina, Jerónimo, Juan Crisóstomo, Rufino de Aquileya, Sócrates, Sozomenos, Teodoreto de Ciro, Teodoro de Mopsuestia); s. V (León Magno), entre otros.

A través de la lectura del libro uno se percata con claridad de que la construcción de una teología sobre el Espíritu Santo ha sido un proceso lento en la historia de los primeros siglos de nuestra era, una teología que ha ido cristalizando

en muchas ocasiones a golpes de muchas dificultades, incluso lingüísticas o léxicas, titubeos, controversias y posiciones fuertemente enfrentadas.

El amplio recorrido por el mundo patrístico que nos hace el autor de este libro, llevado a cabo con gran maestría, muestra una vez más su pericia como destacado especialista en Pneumatología patrística. Lo corrobora su propia producción científica al respecto, no sólo en libros (cf. *El Espíritu Santo en la teología patrística*, Salamanca: Sígueme, 1987), sino también en sus numerosos artículos. De estos últimos cabe destacar el dedicado a la “Pneumatología de San Cirilo de Jerusalén”, en *Estudios eclesiásticos* 58, 1983, pp. 421-490; a “Hugo de San Víctor: los siete dones del Espíritu Santo”, en *Proyección*, 225, 2007, pp. 101-111; “El don del Espíritu de Jesús en San Hilario de Poitiers”, en *Estudios eclesiásticos* 57, 1982, pp. 429-450; o bien el artículo “Espíritu Santo”, en el *Diccionario de Literatura Patrística* (Madrid: San Pablo, 2010, trad. del original italiano dirigido por A. Di Berardino, G. Fedalto y M. Simonetti, *Letteratura Patristica. Dizionario San Paolo*, Cinisello Balsamo-Milano 2007, pp.1116-1134). Pero, además, deben añadirse las distintas ediciones de tratados patrísticos sobre el Espíritu Santo, publicados en Ciudad Nueva (Madrid), como el de Cirilo de Jerusalén (catequesis XVI-XVII, BP 11, 1990), Dídimo el Ciego (BP 36, 1997), Ambrosio de Milán (BP 41, 1998), Atanasio de Alejandría (*Epíst. a Serapión*, BP 71, 2007, cf. mi reseña en *CCO* 5, 2008, 451-455), y la edición crítica bilingüe del tratado *De Trinitate* de Novaciano (FP 8, 1996). Extremadamente parco en citar sus propias obras ha sido el autor en el apartado de bibliografía.

Admira la claridad de exposición, habitual en el autor, índice de su preocupación didáctica, lo que no es de extrañar, dada la larga trayectoria docente del autor como catedrático de la Facultad de Teología de Granada y profesor invitado en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma.

Por último, una nota sobre la bibliografía: aquí se exponen las muchas obras de los Padres (pp. 249-257), que han sido utilizadas por el autor, en diferentes ediciones críticas, y una relación de monografías —libros y artículos— de autores modernos (pp. 258-263), que pueden servir al lector para ampliar su conocimiento sobre el tema, bien de modo general, bien de modo más puntual. Un índice de autores citados (pp. 264-269) y el índice general (pp. 270-271) cierran esta magnífica obra, que reúne al mismo tiempo sencillez y profundidad, y cuya lectura no decepcionará en ningún momento a cualquier lector interesado en el tema.

Dada la solidez del libro, y especialmente el nuevo enfoque con que se trata un tema sobre el que escasea más bien el conocimiento (de la Trinidad, el Espíritu es la Persona menos conocida), sería conveniente que este libro apareciera en otras lenguas, sobre todo en inglés, lo que favorecería su lectura fuera de las fronteras hispanohablantes.

ÁNGEL URBÁN  
Universidad de Córdoba